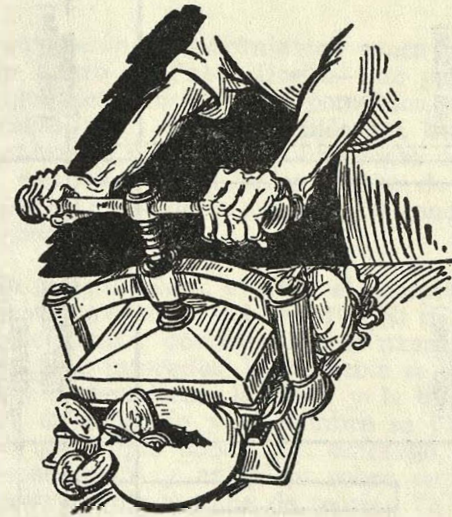
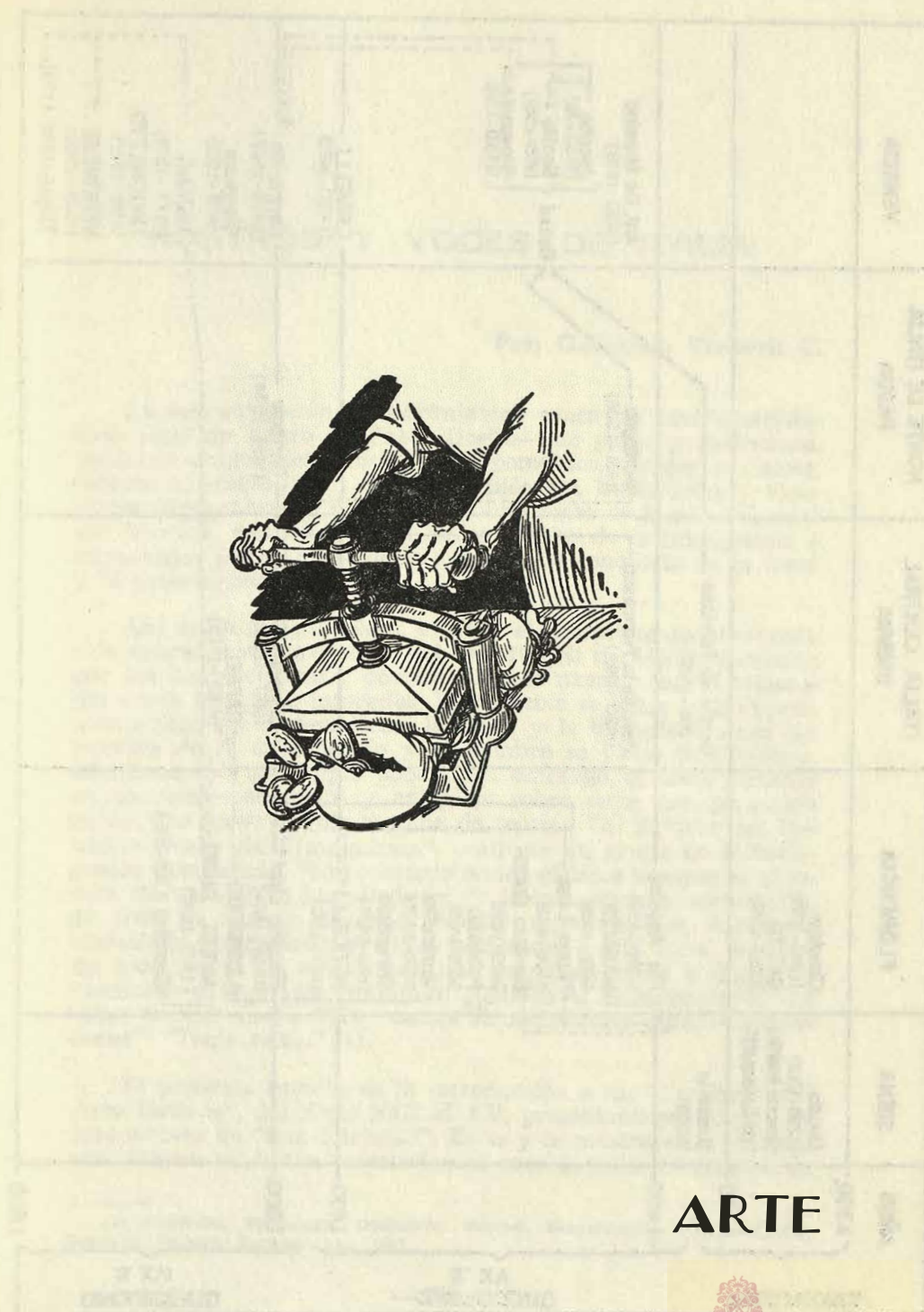


Faint, illegible text at the top of the left page, possibly bleed-through from the reverse side.

Main body of faint, illegible text on the left page, appearing as ghosting from the reverse side.

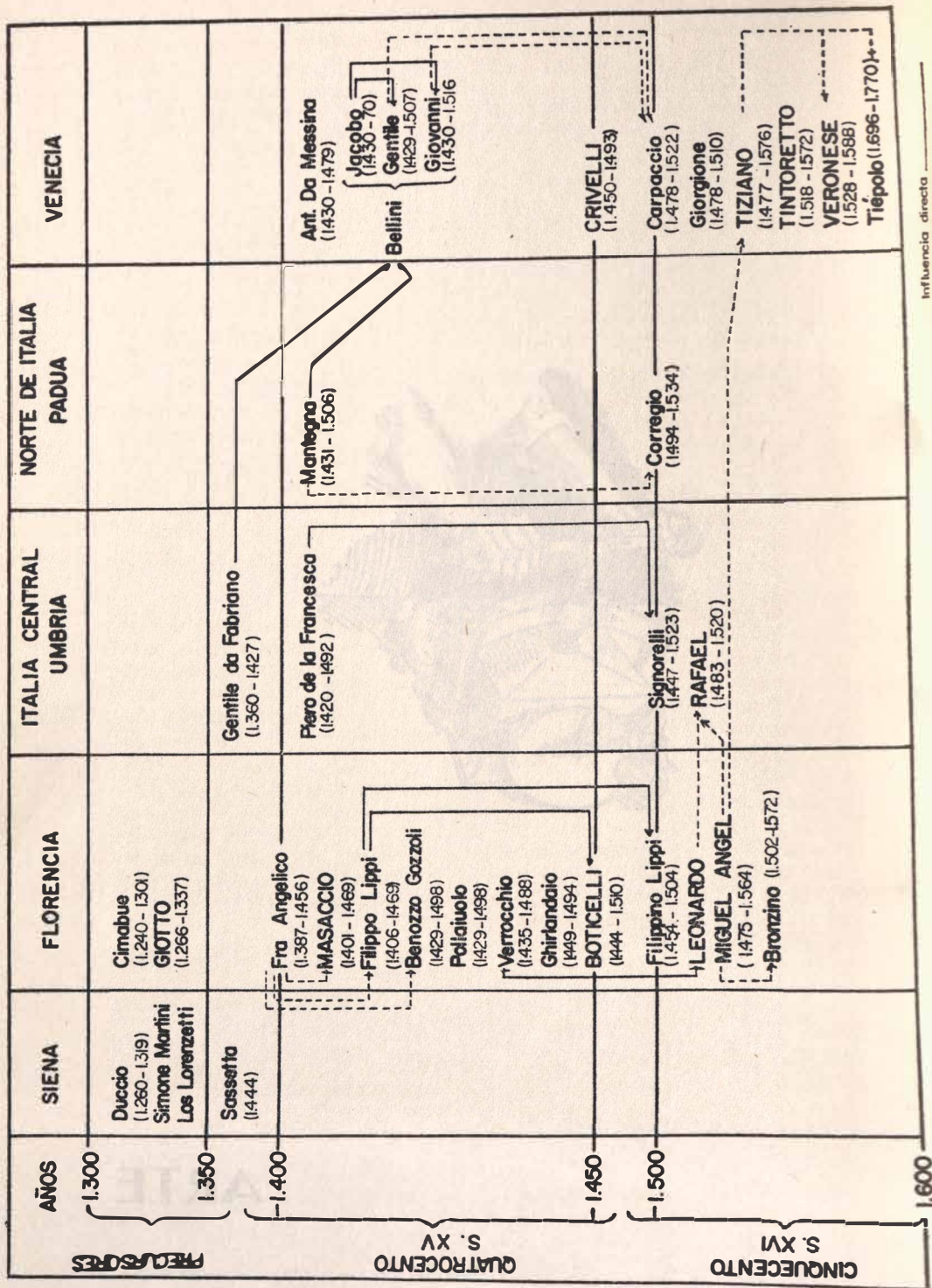


ARTE



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico



Influencia directa

ROSTROS Y VOCES DE ITALIA

Por: Guillermo Nannetti C.

La sola expresión "Renacimiento" evoca un desfile espléndido —tal un lienzo de Pablo Ucello— de papas y cortesanos, madonas enigmáticas, mercaderes pomposos, monjes extáticos, férreos condotieros y... , artistas, filósofos, humanistas y científicos, deslumbrados ante el descubrimiento de la naturaleza y del hombre, confiados en el poder ilimitado de la inteligencia e impulsados por el ansia de la creación, la conquista de la fama y la embriaguez de vivir.

Aquí están la naturaleza, el arte, el conocimiento, invitando a la sobrehumana aventura del espíritu. El mundo se ensancha por los descubridores y por los audaces navegantes; el telescopio orada los cielos intocados; la medicina se lanza a la experimentación; las matemáticas, la física y la biología asaltan las puertas de lo desconocido y el hombre se palpa a sí mismo, asombrado de su propio poder. Sin embargo, el Renacimiento es un fenómeno vasto y complejo sobre cuya interpretación existe una inextricable maraña de teorías. "El Estudio del Renacimiento y del Humanismo", —afirma un grupo de historiadores marxistas— "ha concitado en los últimos tiempos la atención de numerosos historiadores de la más diversa orientación, de todo el mundo. Muchas revistas especializadas, institutos científicos y sociedades eruditas se dedican a esta tarea. A pesar de todo, no se ha encontrado una respuesta única y digna de confianza a la simple pregunta: ¿Qué es el Renacimiento? Un autor francés decía: "Hay tantos Renamientos como historiadores". "Tenía razón" (1).

El presente estudio es la introducción a un "Itinerario del Arte Italiano", del Siglo XIII al XV, presentado por medio de diapositivas de "alta fidelidad". Estas y la música estereofónica constituyen un hecho trascendental para la democratización de

(1) Chadraha, Polissensky, Otahalova, Smabel. Renacimiento y Humanismo. Editorial Cartago, Buenos Aires, 1965.

la cultura en el mundo moderno. Las primeras colocan al alcance de todos los tesoros de las artes plásticas, antes enclaustrados en museos inaccesibles; la segunda, los más nobles aciertos de la interpretación musical, también inalcanzables para las grandes mayorías. El tema planteado es el viraje cultural que precede al Renacimiento y que quizás lo explica, como síntesis y resultado de un conjunto de factores históricos, culturales, políticos, morales, religiosos y económicos, ninguno de los cuales puede supervalorarse.

En el tramonto del primer milenio, se inicia en Italia un Renacimiento religioso y moral que antecede al Gran Renacimiento Filosófico literario, artístico y científico del "Cuatrocento". (Siglo XV).

Al finalizar la Edad Media, las fuerzas sociales en Italia se debaten en el esfuerzo de conciliar su doble y esplendente herencia romano-cristiana y de rechazar la invasión islamita, que amenaza abatir la civilización europea. El primer Renacimiento surge dentro de este cuadro de efervescencia religiosa, beligerancia mística de las cruzadas, bonanza económica y encontradas influencias del arte gótico y bizantino.

A todo esto se agrega la independencia de las comunas y la emergencia de la burguesía.

Las nuevas comunas y los señoríos enriquecidos emulan entre sí para conquistar un marco de gloria, belleza y prepotencia.

Hay una verdadera eclosión artística que siembra la Península de palacios, monumentos y catedrales. El poeta, el humanista y el artista ocupan el primer plano social.

Tratemos de desgarrar el velo de los siglos y de penetrar en una época de transmutación y de gloria.

Cuando en una misma villa y una misma generación nacen Dante y Giotto y tantos otros genios insuperados, es preciso aceptar que existen, en el ambiente, excepcionales condiciones de energía social y cultural. Y siendo el arte la síntesis de la cultura de una época, sería menester, para comprender este primer Renacimiento, analizar el marco social, político y económico en que se desarrolla.

Para vislumbrar el trasfondo espiritual, la actitud ética y estética de esta alba nebulosa del Renacimiento —que es el Siglo XIII—, es preciso evocar dos voces de Italia: la de Francisco de Asís y la de Dante Alighieri.

Dentro de este movimiento de renovación de la cultura italiana se destaca "El Poverello de Asís": Con la arrolladora fuerza de su humildad y simpatía, predica y encarna una nueva actitud del hombre ante Dios, ante sí mismo, ante la sociedad y



(5)



(4)



(3)



(2)



(1)

Las gráficas muestran la revolución iniciada por GIOTTO en la humanización del arte, desde sus expresiones Bizantinas hasta el Alto Renacimiento. - (1) y (2) Madonas Bizantinas. S.VI - (3) Madona en el trono de Giotto S.XIV (4) Madona de Botticelli fines S. XV. - (5) Madona de Rafael "La bella jardinera", principios S.XVI.

la naturaleza. Promueve así una insondable renovación cultural, con vigorosas influencias en el arte.

San Francisco es un nuevo Cristo. Da al cristianismo la fuerza vivificadora del espíritu europeo, "de ese algo intangible e innegable que llamamos Europa", al decir de Balzac. Afirma que cada hombre puede recrear a Cristo, dentro de sí mismo, para hacer operante su enseñanza en la vida de todos los días.

Por esto, su gesto significa el segundo descenso de Dios hasta los hombres.

Como se ha dicho, ante el gesto del Poverello, Dios Padre asume su auténtico carácter de Dios y de Padre.

Francisco simboliza este descenso de Dios hasta los hombres, recreando el pesebre de Belén en el Bosque de Greccio. Desde entonces, el mundo cristiano renueva, en la Navidad, el mensaje de paz y de amor simbolizado en el pesebre de Belén, en la entrañable unión familiar, en una universal emoción fraternal que abarca desde el afecto sumiso de las bestias de labor y el homenaje de reyes y pastores, hasta el cántico de los ángeles y la ternura de Dios.

Ese Dios que la iconografía bizantina había colocado hierático, señero e inaccesible en el ábside de sus catedrales, desciende hasta los hombres que se le acercan sorprendidos, con esperanza y gratitud.

Esta nueva actitud del hombre ante Dios se traduce en un sentimiento de fraternidad universal. Del "buen prójimo" del Evangelio, se pasa al "hermano", sea este amigo o adversario. Hermanos son el leproso blasfemo, los salteadores, los facciosos de las ciudades destrozadas por las luchas partidistas.

Y esa ansia de amor y de bondad se extiende a la naturaleza, como un sentimiento panteísta que llega hasta el "hermano sol y el hermano viento; la hermana agua y las hermanas estrellas".

El autor de Las Florecillas, descubre, con gratitud, en toda cosa el signo amistoso del Creador. Y así, dialoga melódicamente con el ruiseñor, traba amistad con el halcón de Verna, predica a las golondrinas, cuida de los más humildes insectos y tiende la mano al propio lobo de Gubbio.

Parece que su espíritu se hubiera diluido en el paisaje sereno y el aire transparente de las dulces Colinas de Asís. En el añoso claustro conventual el peregrino puede, todavía, dar migajas en la mano a las esquivas golondrinas.

Esta radiante caridad del Poverello, este ambiente de poesía, esta amistad con Dios, influyen luminosamente en la humanización del arte.

Francisco de Asís fue popular, a todo extremo, entre los pintores de los dos Renacimientos. Berlinghieri, todavía gótico y bizantino, evoca al Santo, apenas nueve años después que este ha muerto en éxtasis de amor; Cimabue, deja de él un retrato de profundo realismo psicológico y Giotto relata la vida del Poverello, con la emoción de la poesía, la bondad y la humanidad que reflejó su leve paso por el mundo.

La pintura se ha humanizado. Dios ha descendido a los hombres de la mano de Francisco de Asís y por el arte de Giotto, así como los hombres tratarán de ascender a Dios, cogidos de la mano de Miguel Angel Buonarroti.

Esta voz italiana ensalza así a las criaturas en "El Cántico del Sol".

"Muy alto, muy poderoso y buen Señor ¡a vos las alabanzas, la gloria y el honor de toda bendición! A vos solo, Altísimo son convenientes y hombre ninguno es digno de nombraros. Sed alabado Señor junto con todas las criaturas, especialmente messer el hermano Sol que hace nacer el día y por el cual nos llenamos de luz, que es bello y esplendoroso con inmenso esplendor y que de vos Altísimo es la exacta expresión. Sed alabado mi Señor y mi Dios por la hermana luna y las estrellas de que habéis tachonado los empiresos, claras, rutilantes y bellas. Sed alabado, mi Señor y mi Dios, por el hermano viento y por el aire anubarrado o sereno y por todas las estaciones por las cuales ofrecéis contento a las criaturas. Sed alabado, mi Señor y mi Dios, por la hermana agua la muy útil, humilde, casta y preciosa agua. Sed alabado, mi Señor y mi Dios, por nuestra hermana la amiga tierra que nos sostiene y nos conduce y engendra frutos diversos, flores de olor y verdes yerbas. Sed alabado, mi Señor y mi Dios, por aquellos que perdonan y soportan enfermedades y tribulaciones —bienaventurado; quien las soporta con paciencia— porque vos, Altísimo, habrás de coronarlo. Load y bendecid a mi Señor y dadle gracias, y loadlo con mansedumbre".

Dante, como sublimación humana, como encarnación cime-ra del genio italiano, llega a tal altura que, para encontrar otro gigante que se le apareje, es preciso esperar siglos a que irrumpa Miguel Angel en la escena del alto Renacimiento, como una tempestad.

Dante encarna, en su poesía y en su vida, los nuevos ideales del pueblo italiano. Es un renovador literario, político y social pero, sobre todo, cifra en su personalidad una noción de la vida donde aflora la renovación de la ética y la estética medioevales. Su concepción poética que canta con el "dolce still nuovo" implica una nueva imagen de la mujer, "la donna angelo", y una nueva imagen del hombre, "el cor gentil".

Beatrice —a quien conoce desde la infancia— debió ser espejo y flor de la cultura florentina. Su personalidad debió tener

mucho de carisma, de misterio y de magia; de suave melancolía y austeridad; de bondad e inteligencia, enmarcados en la distinción y la elegancia florentinas. Desde el instante en que la ve, Dante, sin alcanzar a tratarla, la convierte en guía e inspiración de su pensar y su sentir y estímulo para conquistar la perfección ideal a que, según sus palabras, "todo noble espíritu debe aspirar".

Por esto, su poesía no es quejumbro de amor sino exaltación de la amada como milagro de gentileza, cuya sola mirada es capaz de dignificar, no solo a quien la ama, sino a quien pueda comprender su nobleza.

Dante escribe la Vita Nuova en plena juventud. Es un pequeño libro apasionante que enaltece la presencia de la "donna angelo", "la gentilísima", con el temor intuitivo de perderla, como si tal criatura sobrenatural no estuviera destinada a vivir largo tiempo en un mundo indigno de ella.

Ese temor se confirma con la temprana muerte de Beatrice a quien Dante resucitará más tarde en su Paraíso.

La Vita Nuova es la cifra de la cultura de una época.

Dante no ha tratado a Beatrice, pero ella le ha sonreído al pasar.

"Cuando ella aparecía", dice, "la sola esperanza de su saludo milagroso me incendiaba en una llama de caridad y de amor que hacía perdonar a quien me hubiera ofendido, así que todos los enemigos desaparecían de mi corazón y si alguien, en esos momentos me hubiera demandado algo, cualquiera cosa que fuese, mi única respuesta hubiera sido: ¡amor! Y cuando ella, así fuera vagamente, me concedía su saludo, un espíritu de amor destruía todo otro sentimiento y arrojaba fuera a los espíritus de la maldad o del vicio. Andad a honrar a vuestra dama, les ordenaba, y solo el espíritu de amor permanecía".

Un gesto severo o de simple indiferencia de la "gentilísima" era la muerte. La "gentilísima" me negó su saludo en el cual estaba la "mía beatitudine", la total felicidad. Ese culto de la Señora de los Pensamientos que inspira toda la ética de la Caballería en la Edad Media y penetra hasta los últimos límites de Europa, influye vigorosamente en la expresión artística. Sin esta concepción ética, no podríamos explicarnos las dulces creaciones femeninas de Boticelli o las Madonas del Renacimiento. "La Donna Angelo" que guía a Don Quijote por los campos de la Mancha, inspira la Divina Comedia, compuesta no solo para reconstruir el mundo moral y social, sino para encontrar en la ribera del Leteo una sonrisa inmortal: Beatrice.

Dante es cifra y culminación de la Edad Media, pero su influencia cultural es germinal a todo lo largo del Renacimiento. Su voz profética y ardiente se expresa en los paraísos luminosos



Dante una nueva imagen del hombre.

del Beato Angélico y en los Condenados de Lucca Signorelli o de Miguel Angel Buonarroti.

Esta nueva actitud cultural, esta visión renovada de la vida, del hombre, del mundo y de lo trascendente se expresa por los poetas del "dolce still nuovo": Guinicelli, Cino da Pistoia, Cavalcanti —Dante es la cima—, que han de culminar en la estética de Petrarca; se evidencia en los primeros humanistas Manetti, Bracioli, Alberti, Ficino, della Mirándola; en los científicos y los filósofos, y domina a los príncipes —eclesiásticos y civiles— a los condottieros y comerciantes, hasta llegar a su manifestación suprema en los gigantes renacentistas, ya se trate de Da Vinci o de Galileo, de Bocaccio o de Miguel Angel.

Fruto de este ambiente cultural es el primer Renacimiento sienés y florentino. El arte bizantino —en la pintura y en el mosaico— procuró imponer a Dios a la contemplación del hombre. Dios y los santos aparecen como figuras abstractas, fantasmales, en un fondo de oro que evoca la luminosidad del paraíso. No existe la tercera dimensión ni detalle alguno que pueda apartar al creyente del éxtasis místico. En el Siglo XIII, los artistas toscanos comienzan tímidamente a emanciparse de los dogmas bizantinos. En el dualismo del Hombre-Dios, el arte bizantino miró a Dios y el toscano al hombre. En la Crucifixión del Maestro de San Mateo, 1220, del Museo de Pisa, Dios no es la figura severa y triunfante —cara a los mosaístas bizantinos—. Dios ha sido herido y se desmaya adolorido, recibido con ternura por las santas mujeres en "La lamentación sobre el Cuerpo de Cristo". Cimabue, a quien se considera el Adán —el padre de los pintores— comprende el valor del contraste de la luz y la sombra. Hablando de su Madona de los oficios de Florencia, dicen Skira y Venturini: "cada color brilla con acentuada intensidad, a fin de que del conjunto surja la plenitud de un canto, las imágenes, los gestos, las formas, los colores, se repiten: es un arte coral en el cual falta el solo. De ahí su carácter sublime, su calidad digna de Dios y su limitación, que es la falta de individualidad de las imágenes". La pintura comienza a mirar la belleza de la Naturaleza y las pasiones de los hombres. "Así, agregan los autores citados (2), es la cabeza de un muerto, pero conserva la huella del sufrimiento físico y moral; imagen de lo absoluto en lo relativo, de la presencia de Dios en la presencia del hombre". Esta calidad y este límite se encuentran en la cabeza del Cristo en la Cruz. El velo se ha rasgado y Dios comienza a descender del misterio inalcanzable para acercarse al hombre su creatura débil y miserable, ansiosa de consuelo y de fe.

Alumno de Cimabue fue Duccio de Buoninsegna, creador de la Escuela Sienesa y uno de los faros esplendentes del Primer

(2) Skira - venturini - la peinture-italienne - Skira - Geneve, 1450 a. Pizzi Itauan - Painting - New York - Gaaprisociety - Greenwich, 1956. Reinach, Apollo, Hachette, París, 1938.

Renacimiento. Duccio es italiano, al par que gótico y bizantino. Pero hay en su obra la inspiración de un nuevo estilo, de una nueva concepción estética, de una fe ingenua en la comunión del hombre con Dios, de una síntesis luminosa de la Bondad y la Belleza.

Cuando aparece Giotto en el escenario del arte toscano, cambia el rostro de la pintura. "Oscureció a Cimabue" dice Dante. Ante sus figuras, las de Cimabue y Duccio parecían fantasmas.

Los ojos del pintor se volvieron hacia la naturaleza y el hombre.

Un vigoroso realismo, físico y psicológico, independiza la pintura italiana —latina— de los dogmas bizantinos.

Giotto introduce el pathos en el arte. Ante su pincel, Dios se estremece, las santas mujeres que reciben el cuerpo del Señor, desfallecen; los discípulos se retuercen de angustia. Como dice Malraux, "forzó a los hombres a ver lágrimas reales fluír de la faz del Crucificado". Nosotros agregaríamos que Giotto las recoge temblando y que pinta, por primera vez, la tristeza de Dios.

La pintura florentina seguirá luego su itinerario de grandeza.

Reflejará, como afirman Reinach y Burckard (3) una sociedad agitada, ardiente en sus discordias civiles, en la que el fanatismo cristiano de Savonarola se codea con el humanismo pagado de los Medicis.

Una ola de luz y de fiebre se extenderá por la Península. Surgirán las grandes escuelas de la Italia Central y del Norte. La Umbria, Roma, Padua, Venecia, emularán en grandeza, hasta llegar a la cima relampagueante y sobrehumana de Miguel Angel.

En la interpretación del Renacimiento se han aplicado todas las formas del determinismo histórico. Pero, en la evolución artística de estos siglos prodigiosos, hay un trazo constante que corresponde a algo profundo, inasible pero manifiesto; inexplicable pero evidente, que es el Genio, la esencia espiritual, el ser histórico de un pueblo. La gloria del Renacimiento fue, según Michelet, descubrir el mundo del hombre. La misión de Italia ha sido siempre reducir o elevar —según el caso— a la dimensión humana, el paso de la historia.

Más que su paisajes cincelados o sus mares sonoros; más que el testimonio de las culturas próceres; más que la presencia de la historia, más que la sublimación del arte, lo que impresionó de Italia es la humanidad de lo italiano.

(3) J. Burckard. La Cultura del Renacimiento en Italia. Escelicer S. E. Madrid, 1941.

Giotto humaniza la pintura: San Francisco, la Religión, Maquiavelo, la política; Bocaccio, la Literatura; Petrarca, la Poesía; Vicco, la Filosofía, Buonarroto, la Divinidad. El propio Dante busca el amor humano en las estancias infernales o en las praderas de Dios.

Los más inhumanos movimientos de la época contemporánea no pierden, en Italia, la dimensión del hombre. El propio fascismo se humaniza y "Peppone" no es el robot que perdió el corazón. Cae la tiranía y el genio italiano, soterrado pero emergente, hace eclosión en la ciencia, las artes plásticas, la novela, el teatro, la música y el cine.

Avanza y se afirma la técnica y la especialización, pero Italia sigue buscando el "Uomo Universalle" de Baldassar Castiglione y Leonardo da Vinci.

Y vemos el espectáculo de un pueblo que conquista la tecnología moderna, impulsa la economía, logra más altos niveles de vida, pero mantiene su sed de conocimiento y libertad; su tolerancia con las ideas, al par que su firmeza ante los ideales; esos viejos ideales amados de familia, de amistad, de patria, de belleza, de justicia, de humanidad.

Ante Italia, el hombre sigue siendo "la medida del Universo".

